DUODÉCIMA PARTE

ODAS

LA INSPIRACIÓN.

Al pié del trono Empíreo
Del Hacedor Supremo,
Hay una llama pura
Más brillante que el Sol, de sacro fuego
De ella toma una parte
El increado Eterno,
Y á la cuna le envía
Del que nació para llamarse genio.
A ella deben sus Apeles
Y Timantes los griegos,
Sus Fídias y Leónidas,
Su Pausanias, Temístocles y Homeros.
Los Normandos su Milton,
Su Pope Ossian y Nelson:
Los ítalos su Dante;
Y Roma sus Virgilios y Lucrecios. (1)
A ella los lusitanos
Su Camoens debieron:
Los hispanos su Ercilla,
Sus Vivares, Pelayos y Gallegos.
Cuando pasan los siglos
Con presuroso vuelo
Sus cenizas y obras
Son el blason y orgullo de los pueblos.
En vano la procuran
Por mil distintos medios,
Y de optenerla tratan
Los que sin ella por su mal nacieron.
Esas almas sombrías
Como adustos espectros

Que vagan en las sombras
Sin luz, sin voluntad ni pensamiento.
Jamás verán un rayo
De este divino fuego,
Pues son como los brutos,
Vivos al mundo, á la memoria muertos.
Mas el genio inspirado,
Cuando el rápido vuelo
Hasta las nubes alza,
No es dado á los mortales detenerlo;
Porque puede la tumba
Guardar su helado cuerpo;
Pero su nombre sacro,
De la inmortalidad queda en el templo.

AL S.R CLAUDIO MARTINEZ DE PINILLOS.

¿Qué festivo rumor, qué arrebatados
Himnos de bendición y de alegría
Se oyen doquier poblando de armonía
Los espacios del eter azulado?
¿Qué blanca, hermosa y transparente nube
De tropical incienso al cielo sube?
¿Porqué risueña y leda á los fulgores
Del alba pura ostenta sus palmeras,
Y mostrando del iris los colores
Aparece la vírgen de los mares
Vertiendo aromas, derramando flores?
No es un misterio, no, desde la amena
Márgen florida de Almendar sonoro,
Un eco parte que los aires llena,
Y el Sol saluda con un disco de oro
El nombre ilustre que entre vivas suena.
«¡Salve Pinillos...!» resonando dice
Con armónico son el grato acento
Que se dilata plácido y felice,
Llevando en alas del alisio lento.
El sesgo Cauto en su torrente undoso
Remeda el himno, agita sus cristales
El sereno Cacon, el caudaloso
Tínima ledo mueve sus raudales,
Sagua al oir los tonos divinales
Recogiendo el riquísimo tesoro
Que esparcido en su fondo oculto brilla,
En cien lugares de su verde orilla
Grabó Pinillos con arenas de oro.
El Bélico sonante, su corriente
Suspende sonriente,

Y exclama murmurando:—«Si te placen
Esos laureles que á mi orilla nacen,
Yo los consagro para ornar tu frente.»
Y hasta los matizados pajarillos
Que festejan al fértil Agabama
Imitando los ecos de la Fama
Repiten sin cesar «Salve á Pinillos...!»
Gózate ¡oh Cuba! tu semblante bello
Al mundo muestra de placer radiante,
Con áureas hojas de laurel brillante
Prendido ostenta el tropical cabello,
Y cuando un día, rica y deslumbrante
En la cumbre mayor, como destello
De la feliz prosperidad te halles
Llevando cual la palma de tus valles
Racimos de oro y de coral al cuello:
Al recorrer tu inmaculada historia
Dos hijos hallarás sin mancha alguna
De opuesta suerte y diferente cuna
Que subieron del templo de Memoria
A la más digna y elevada alteza,
Él, cifrando su gloria en tu grandeza
Yo, cantando los timbres de su gloria.
Sí, varon ejemplar, prócer ilustre,
Yo pulsaré mi cítara templada
Al son divino de los tonos suaves
Con que en los campos de la pátria mía
Felicitan la Aurora cada día
Sus arroyos, sus flores y sus aves.
Y mis versos serán como tu nombre,
Tal vez nublado por el negro aliento
Que fiero lanza el odio venenoso;
Pero frustrando su maligno intento,
Torna á lucir más fúlgido y radioso,
Como el Sol en mitad del firmamento.
Cuando el Nilo encrespado,
Su cauce natural dejando airado
Los verdes campos del Egipto inunda:
Se vuelve á sus canales engañado;
Pues presumiendo haberlos asolado,
Con sus propios despojos los fecunda:
Y cuando serenando sus furores
Espera hallarlos mústios y desiertos,
Ellos rien lozanos y cubiertos
De hermosos frutos y gallardas flores.
No de otro modo al terminar la lidia
Que hacen á la virtud los impostores,
Supera siempre el mérito á la envidia.
Grandes tus hechos son, talento y arte
Juntos requiere la sublime obra

Que cumpla cual mereces ensalzarte.
¿Y yo sin ellos osaré cantarte?
Sí, lo osaré, que inspiración me sobra.
Me sobra y cantaré. Llegará día
Que tus ilustres hijos escuchando
El himno que en tu prez al cielo envía
De honor y admiración mi plectro blando,
Tu saber y virtud eternizando,
Extasiados de insólito alborozo
Tus hechos recitando esclarecidos,
De noble orgullo exclamarán henchidos:
«¡Ese es mi padre...!» y llorarán de gozo.
Mas entretanto que fortuna esquiva
Mi suerte hollando con su instable rueda,
Tu rostro ver de bendición me priva;
Y á tí, egregio varon, nada te veda,
El néctar sacro de los justos liba;
Y cuando pagues á la tierra el feudo
Que el Supremo Hacedor impuso al hombre,
Graba PINILLOS sin fastuoso alarde
De rico escudo que al viagero asombre,
Pues sobre el mármol que tus restos guarde,
Para hacerte inmortal basta tu nombre.

A MARÍA DE LAS MERCEDES SANTA-CRUZ Y MONTALVO.

CONDESA DE MERLIN.

A una sola voz suya, á una mirada
Apaga Jove el iracundo rayo,
Depone Marte la sangrienta espada.
QUINTANA.

Salve, deidad del Nuevo mundo, salve
A tu risueña cuna,
A tu nombre, á tu majia irresistible,
A tu voz dulce, armónica y sensible,
Cuyo menor cautivo es la fortuna.
Salve á mi pátria, que nacer te viera,
A quien tan puros plácemes arrancas,
Como el disco genial de rosas blancas
Que circunda tu hermosa cabellera.
De mis lares honor, yo te bendigo;
Bendigo el astro pío que alumbraba
Tu feliz nacimiento,
Bendigo de tornar el pensamiento
A tu país natal, que verte ansiaba,
Y aun á las verdes olas que rompía

Alígero el bajel, cuando impetuoso
Tesoro tanto á Cuba conducía
De los mares hendiendo el cauce undoso,
Las bendice tambien el alma mía.
Tu rostro mixto de azucena y grana
Velado en magestad y explendor, brilla,
Cual de Vénus el astro en la mañana
Cuando el alba con perlas engalana
El vasto Edén de la feraz Antilla:
De la Antilla fecunda que te adora,
Y no bien galas por tu vuelta viste,
Cuando presagia querellosa triste
Que á partir vás, y anticipada llora.
¡Vás á partir...! ¿Porqué tan presto, bella,
Del américo mar á la señora
Desempara tu huella?
¿No te aclamó su más brillante estrella?
Te dió sus dones al nacer, y ahora
No halla placer tu corazón en ella?
En ella que de lirios y azahares
Formó el aura balsámica què aspiras;
El fuego y brillantéz está en tus ojos
De su luciente sol; son sus claveles
Ereves trasuntos de tus lábios rojos:
De su cielo es tu risa, y el acento
Con que leda extasiar sabes las almas,
Es abreviado en tu meloso aliento,
«La voz de sus arroyos y sus palmas;» (2)
De sus palmas que al verte en la ribera
Del Almendar fecundo,
Clamaron impelidos
Del zéfiro sutil que las meciera.
«¡Salve, Corina, del moderno mundo
«A quien hoy electrizas hechicera,
«Todo es cubano en tí; salve habanera.
¿Angel de Santa-Cruz, y las olvidas?
¿Sorda serás á sus dolientes quejas?
¿Quién, ornato en las fiestas más lucidas
De la Habana será si tu te alejas?
¿Pues qué Camajuaní, cuya vertiente
En nada cede á la hipocrénea fuente;
El Ságua ondisonoro
Que del alto Escambray nace á las plantas
Mostrando en sus riberas, flores tantas
Como arrastra en su fondo arenas de oro:
El Agabama undoso,
Y el Cáuto dilatado y caudaloso
Que de jigantes pinos se corona,
Menos tu pecho generoso estima
Que el nebuloso clima

Donde corren el Sena y el Garona?
¿Porqué temer el tropical estío?
Gózate en este sol resplandeciente,
Que así es tu corazón, sublime, ardiente,
Y así es tambien el entusiasmo mío.
Siempre apacible y trasparente el cielo,
Bañado el aire por la brisa pura,
Siempre del mar serena la llanura,
Siempre de flores alfombrado el suelo,
¿No te deciden á fijar tu estancia
En la ígnea zona que tu extirpe aprecia?
¿Es más diáfano el cielo de la Francia?
¿Son más bellos los campos de Lutecia?
¿Lauros vás á buscar? Tiende la mano,
Señálame á la bóveda azulada,
«A una sola voz tuya, á una mirada,»
Harás que al sacro templo de Memoria
Las alas de oro rebatiendo suba,
Trayéndote al volver uno de gloria;
Aunque hay sábanas de laurel en Cuba.
— Tente, iluso cantor, no es el deseo
De lucir en brillantes reuniones
El que me impele á repasar los mares,
Ni yo desdeño los paternos lares,
Por lucir de París en los salones.
La más noble de todas las pasiones,
El amor maternal, el que me hiciera
Volar tambien á la Siberia fría,
Es quien la vuelta á mi deber reclama.
Pasión eterna, y de tan gran valía
Por el fulgor de su divina llama,
Que ni la puede minorar la fama,
Ni la alcanza á pintar la poesía.
—Por tus hijos...! adiós, parte y perdona,
Busca en el cielo un lauro inmarcesible
Porque hallar en la tierra es imposible
A tan alta virtud digna corona.
Parte, no temas, y aunque el Ponto fiero
Venga la nave á combatir, levanta
Tu voz divina en tono lastimero,
Que la furia del líquido elemento
Tornarás en suavísimo desmayo,
Y verás á tu cántico doliente
«Soltar Neptuno el heridor tridente»
«Apagar Jove el iracundo rayo»
Llega felice, y al pisar la playa
Que te espera de Europa al mediodía,
Ciñe á tus hijos en paterno lazo,
Despues del santo maternal abrazo
Otro les dá que Cuba les envía;

Y no olvides jamás tu pátria amada,
Esta tierra de paz y de ventura
Ante cuya grandeza inmaculada
Su antorcha apaga la discordia impura,
«Depone Marte su sangrienta espada.»
¡Vas á partir, y para siempre acaso...!
Vas á lucir del mar á la otra parte;
Pero tu nombre en la cubana historia,
Se esculpirá con letras diamantinas.
Ya que el hado nos veda contemplarte,
Gozaremos al ménos la memoria
De tus mágicas gracias peregrinas,
Y saboreando del placer la copa,
Con noble orgullo contestar podremos
A los artistas de la culta Europa:
—«Si al Sér supremo conceder no plugo
A la pátria dichosa de Varela;
Un Virgilio, un Byron, ni un Víctor Hugo;
Cuando el acento májico resuena
De la noble Merlin, y su laureada
Frente se ostenta de atractivos llena,
Ni al Támises ni al Pó debemos nada:
Nada tenemos que envidiar al Sena.»

A LOS JÓVENES ALUMNOS

de la cátedra de filosofía de la ciudad de Matanzas.

Tiernos alumnos, que en la edad madura
Llenos de fuego y ricos de alegría
Sumisos acatáis la voz sagrada
De quien al templo del saber os guía,
No desmayeis, seguid la peregrina
Marcha del genio digno de memoria
Que al enseñaros la moral divina
Os prepara una página en la Historia.
Del buen pastor, que como el sol luciente
Las densas nieblas del error quebranta,
Y que ya ciñe á su modesta frente
De sagrado arrayán diadema santa.

No os intimide juventúd amiga,
Los escollos fantásticos que al paso
Os presenta al acaso
La pereza amiga,
Impávidos marchad á la victoria;
Porque no sin trabajo y sin fatiga
«*Se arrebatan sus palmas á la gloria.*» (3)

Luz del entendimiento, yo te adoro,
Alma Filosofía,
Del sumo Dios la emanación más bella,
Del verdadero honor única vía,
Fija, luciente, esplendorosa estrella,
Himnos de bendición con plectro de oro
Te tributa mi ardiente fantasía:
Sin tí no hay religión, virtud, ni leyes;
Sin tu influencia celestial, los reyes
Convierten la justicia en tiranía:
Los pueblos ignorantes
Son á un redil de fieras semejante.
Ni ciencias hay sin tí, ni hay Poesía.

La sana filosofía
Es, alumnos, vuestro astro,
Ella es la egida más fuerte
Que el cielo al mortal ha dado.
Sin ella un hábil pintor
Monta su paleta en vano,
Por que su mente le niega
Lo que le concede el tacto.
Tal vez impúdicos sean
Los asuntos de sus cuadros;
Tal vez funestos y horribles,
Antes que augustos y santos.
Sin ella, el fuerte guerrero
Volará de Marte al campo,
Ageno de sustentar
Su Dios, y sus lares pátrios:
Ansiará emprender conquistas...
Si vence será inhumano;
Vencido será tan debil
Como ántes fué sanguinario.
¿Porqué de Temis al templo
Entran juristas muy raros
A quien la deidad excelsa
No mire con ceño airado?
¿Porqué están inaccesibles
Sus corazones de mármol,
A la virtud oprimida,
Al clamor del desgraciado...
Y al fatal brillo del oro,
O de un título al alhago
El inocente sucumbe,
Y el crímen es puesto en salvo?

Al vate que pulse el plectro
En prez de goces profanos,
El vulgo inmortal en vida
Podrá colmarle de apláusos;
Mas su inspiración perdida
Causa lástima á los sábios:
Antes que él, mueren sus obras...
Con él se entierran sus cantos...
Los que esta ciencia conocen,
Ora artistas, ya letrados,
Ya valientes adalides,
O bien armónicos bardos;
Gustará el mundo los versos,
Honrará los justos fallos,
Hará estátuas á los héroes,
Y dará á los genios lauro.
Jóvenes, seguid las ciencias
Con firme y seguro paso:
El sábio, despues de Dios,
Todo lo tiene en su mano,
Él torna en tierra los mares,
Hace los yermos poblados,
Y roba el fuego del cielo;
Pues quita su fuerza al rayo.
El sabio conduce al pueblo
Como el pastor su rebaño,
Y conquista sin legiones,
Ruinas, incendios ni estragos.
El tiempo y los hombres vuelan;
Pero sus hechos preclaros
No sufren que en hondo olvido
Sepulte jamás al sabio.

Como debeis vosotros algun día
Cánticos entonar de bendición,
Al que afanoso por la senda os guía
De la sana moral y la razón.

Jóvenes, vuestra suerte venturosa
Os ha mostrado un ángel tutelar:
Naves érais en noches borrascosas
Que inciertas vagan á merced del mar.
Él es el faro que os conduce al puerto;
Pues semejante á la columna es él,
Que condujo por medio del desierto
A la tríbu escogida de Israel.
Algunos de vosotros inspirado
El arpa un día pulsará de Osian,
Y veránle de aplausos rodeado
Las bellísimas ninfas del San Juan.
Cuál glorioso, en los campos de Belona
Triunfará por su pátria y religión:
Cuál, ceñirá la fúlgida corona
De Las Casas, Espada y Fenelón.
Cuál de la ley en el recinto sacro
Moderno Cicerón, encantará,
Y quién, de la virtud cual simulacro,
De Esculapio en el templo brillará.
Cada uno entónces de vosotros, fino
Al móvil honrará de tanto bien,
Y con un ramo de laurel divino
Decorará su generosa sien.
Y despues de los siglos, algun hombre
Vuestras obras atento leerá
Y en todas ellas hallárase un nombre
Que hasta el fin de los siglos durará. (4)

AL GIRASOL.

Al licenciando D. Ignacio Valdés Machuca.

Gigante flor, que espléndida apareces
De las campiñas tropical señora,
Dulce amiga del Sol, á quien ofreces
Por saludo tu risa encantadora,
Cuando á merced del céfiro te meces
Bañada con las perlas de la Aurora,
Y hasta que se sumerge en occidente,
No separa tu disco de su frente.
Corona de los prados peregrina,
A presentir en tu existencia llego,
Que al régio luminar quizá te inclina
La ignota mano del destino ciego:
O te formó la Potestad Divina
Compuesto vegetal de aroma y fuego,
Dándote de belleza por tesoro
De esmeralda los piés, el rostro de oro.

Cuando fértil y plácida intercalas
En variados renuevos flores bellas,
A la boreal constelación igualas
Y cual la Osa fúlgida destellas
Entre las otras, que con breves galas
Y menor magnitud, áureas estrellas
Y émulas tuyas son por su apostura,
Sino en tamaño en brillo y hermosura.
Del padre de la luz los resplandores
En tu corola mágica reflejas;
En tí olvidando mil pintadas flores
Se agrupan susurrando las abejas
Como en torno del nardo los amores;
Y en tu faz, virgen índica asemejas,
Cuya dorada piel es siempre hermosa
Sin púrpura, carmin, nieve ni rosa.

No envídies á flor alguna
De cuantas el jardin ornan;
Pues miéntras más celebradas
Ménos su existencia gozan.
Mira al clavel, al jazmin,
Centáura, ambarina y rosa;
Las riegan para que nazcan,
Recien abiertas las cortan:
Marchítanse entre las trenzas
Quizá de alguna traidora,
Que al reclinarse en el lecho,
Segura de obtener otra
En premio de que la hiciera
Parecer más seductora,
O se olvida y la deshace,
O se la arranca y la arroja.
No las envídies: su esencia
Y prestigio ¿qué te importan,
Si es momentánea su vida,
Y fantástica su gloria?
Tú eres más feliz mil veces
Cercada de agreste pompa,
Siendo la amada del Sol,
Y de los campos corona;
Que ellas en lindas macetas,
O entre flamantes charolas,
Conque en las grandes orgías
Las ricas mesas se adornan.
En tus ramas á trinar
Los ruiseñores se posan,
Y el favonio se recrea
Arrullándose en tus hojas.
En dulce melancolía
Sensible el alma se arroba,
Cuando respira el que exhalas
Grato y suavísimo aroma.
Risueña á tus piés murmura
La clara fuente sonora,
Con sus espumas te besa,
Y te retrata en sus ondas.
¿Qué más, Girasol, anhelas?
¿No es tu suerte venturosa?
Pues goza, flor, de tus galas,
Y no envídies á las otras.
Advierte que al hombre imitan
Las flores que el jardin ornan,
Pues mientras más celebradas,
Ménos su existencia gozan.

Dirán que en vano en tu belleza admiras;
Pues tambien se marchita tu arrebol,
Mas eres venturosa, porque espiras
Firme en tu tallo, contemplando al Sol.
Goza de vida peremnales horas,
Salve mil veces, venturosa flor;
Y el gran planeta que constante adoras,
Conserve ileso tu feráz verdor.

EL INVIERNO.

Salve, estación sombría,
De caprichosas nubes coronada,
La triste faz velada
En dulce y celestial melancolía:
A cuyo aspecto airado el Bóreas zumba,
Pálida como el génio de la tumba,
Como mi corazón, nublada y fría.

¡Cuán pintoresco y vario brilla el cielo
De tus tardes al fúlgido arrebol,
Tus alboradas de punzante hielo,
Tu clara Luna y tu amarillo Sol!
Ora una nube la región hendiendo
Finge alígera y rápida condor
Que del viento á las ráfagas cediendo
Sus alas plega y se convierte en flor.
Ora pueblan las bóvedas etéreas
Gigantes sombras que agrupadas van
Como huestes fantásticas aéreas
Que una batalla en el espacio dan.
Sus espadas, sus lanzas, sus banderas,
Al fulgor del relámpago se vén,
Las plumas ondear de sus cimeras
Y sus adargas suspender tambien.
Mas lánzales con hórridos silbidos
El Artico helador al polo austral,
Y al ocaso descienden confundidos
Como pliegues de un manto funeral.
Así el débil mendigo, el rico fuerte,
Emblemas del poder y la orfandad,
Van mezclados al soplo de la muerte
A perderse en la oscura eternidad.

Salve, estación misteriosa,
De la vejez viva imájen,
Edad de tristes augúrios
Y de recuerdos fatales;
En que si de las pasiones
Tal vez rugen huracanes,
Débilmente silvan, vuelan,
Y perecen al instante.
Cuando tus opacas nubes
Disueltas al Ponto caen,
Y, sereno el firmamento,
Dejan de mujir los mares,
Entónces tus astros brillan
Con luz clara y penetrante,
Y las flores del pensil
Pueblan de bálsamo el aire.
Salúdante los arroyos
Con sus sonoros cristales,
Entre aguinaldos te entonan
Mélicos himnos las aves.
Y el bambú de las llanuras,
Y la palma de los valles,
Inclinando sus melenas
Parecen decirte:—«Salve.»

Y ¡salve! repiten los bosques umbríos,
Las cumbres que al cielo parecen tocar,
Las fuentes serenas, los límpidos ríos,
Los astros, el aire, la tierra y el mar.
Y tú, sus apláusos desoyes inerte,
Pues sordo á sus ecos de dicha y favor,
Cual débil anciano que espera la muerte
No encuentras en ellos placer ni dolor.
¿Te place que el Bóreas sacuda la selva,
Que el polo desate feróz huracan,
Que enturbie los ríos, y en ellos revuelva
Las cañas sonantes que adornan el Pan?
Pues bien, si te gozas doquier que caminas
En estas escenas de llanto y horror,
Trastorna la tierra, conviértela en ruinas,
Que el mundo no es digno de suerte mejor.
Ye entónces tendréme quizás por dichoso
Y alegre, espirando, podréle decir,
—Me huelgo en tu ruina, conjunto monstruoso
De engaño y bajeza...! te he visto morir.

A SELMIRA.

Selmira, no descanses
En esa peregrina
Belleza seductora
Con que á todos los prendes y electrizas.
Mira que el tiempo vuela,
Y con veloz porfía
Le siguen presurosas
Las verdes horas de la edad florida.
Le siguen, y no tornan,
Y esas horas perdidas
Sólo dejan recuerdos
Que envenenan las fuentes de la vida.
Dejan canas y arrugas,
Las fuerzas extinguidas,
Los corazones vanos,
Los cuerpos lacios, y las almas frías.
¿No adviertes en la cumbre
De la feráz colina,
Las piedras y techumbre
Por diferentes rumbos esparcidas?
Pues esos son los restos
De una preciosa quinta,
Donde todas las flores
Que ostenta el suelo tropical nacían.
Bajo sus enramadas

Danzaban bellas ninfas
Coronadas las sienes
De claveles, jazmin y siemprevivas.
Mas pasaron por ella
Unos tras otros días,
Los rosales murieron,
Secáronse los nardos y las *lindas*.
Las paredes temblaron
Del temporal batidas,
Y entre sus anchas grietas
Se anidaron las aves de rapiña.
Un sepulcral silencio
Reemplazó la alegría,
El *jagüey* al naranjo,
Y el cardo y yedra al lirio y ambarina.
¡Ay! Selmira, este ejemplo
Te enseña que no hay dicha
Segura, ni muralla
Que de los tiempos al poder resista.
Y que sin detenerse
Marcha la humana vida,
De la cuna al sepulcro,
Como los ríos que á la Mar caminan.
Quizá llorarás tarde;
Pero en vano, Selmira,
Porque el llanto no vuelve
Las verdes horas de la edad florida.

A LA AURORA DE UN AMIGO.

Al S.r Fernando De Rojas.

Torne á brillar el astro luminoso
De sacrosanta inspiración, que un día
Al fulgor de su rayo esplendoroso
Mi altiva frente de laurel ceñía:
Vuelva á mi diestra el plectro sonoroso,
Y el arpa de oro que tañir solía
Del San Juan á la márgen entre flores,
Héroes loando, ó discantando amores.
Génios alados del empíreo cielo
Que atentos á las órdenes divinas,
De lo futuro descorriendo el velo
Vislumbráis sobre tablas diamantinas;
Y que al tender el apacible vuelo
Ocultan vuestras formas peregrinas
Como del sumo Sér divos querubes
Místicas vestes de radiantes nubes.
Descended con la vénia soberana
A estos pensiles de eternal verdura,

Prestad benignos á mi edad temprana
El tono firme, la dicción segura;
Dadme el estro sublime de Quintana,
De Petrarca y Horacio la cultura,
De Anacreonte el ítsmaro hechicero,
Las áureas trompas de Maron y Homero;
Y una diadema de arrayan florido
Para adornar las sienes de Fernando;
Mientras me admira el orbe suspendido
Su grato oriente saludar cantando,
Y cual bajel del zéfiro impelido
Vá el mar, de espumas al correr sembrando
Así pase mi acento á la memoria,
Legando á su virtud flores de gloria.
Librad, ¡oh génios! del olvido airado
Al que guardando de virtud los fueros
Es tipo de bondad, de honor dechado,
Entre los más apuestos caballeros.
Tanta grandeza en cántico inspirado
Trasmitid á los siglos venideros,
Y los vivientes grabarán entónces
Su nombre, en jaspes, mármoles y bronces.
Yo así clamaba en la tranquila hora
Que el Sol tornando á su diurno giro,
Igneo monarca se ostentó, que mora
Bajo un dosel de diáfano zafiro.
Iluminó su faz deslumbradora
La palmífera cumbre de Capiro;
Eran líneas de fuego su guirnalda,
Y era su trono un monte de esmeralda.
Cuando al ruido de música armoniosa,
En presto carro, por la rubia esfera,
Entre banda de cisnes numerosa
Una cándida vírgen descendiera:
Su labio de coral, su tez de rosa
Velada en sombra de carmin lijera,
Superaban los rasgos más brillantes,
De Apéles, Fidias, Zeuxis y Timantes.
«Salve, bardo de Cuba, á quien pretende
En vano intimidar la suerte impía;
De este mortal feliz la dicha atiende,
El Santo de Israel á tí me envía:
Soy la celeste gratitud, enciende
Mi pura antorcha un su natalio día,
Y Dios desde su altísima eminencia,
Bendecirá tu canto y su existencia.
El vivirá cual murmurante fuente,
Que ya besa las suaves amapolas,
Ya plácida en su linfa transparente
Finja de luz cambiantes aureolas,